

DE VUELTA AL HOGAR



RECUERDOS DE UN VIAJE

Es media noche. Navegamos por el mar del trópico en un transatlántico que retorna de Cuba con cargamento de comerciantes arruinados y soldados inútiles, moribundos. En el fondo del sollado, á la mortecina luz de una sola lámpara, inmóvil y velada, me revuelvo nervioso sin poder conciliar el sueño. Negras ideas bullen en mi cerebro, pintándome la vida de color sombrío. Obscuras imágenes nacen, se agitan, se levantan mudas y mostrándome van la triste historia del dolor, del abandono, de la miseria. En mi redor todos duermen con sueño pesado. Soldaditos pálidos me enseñan sus bocas abiertas por una respiración de fiebre: agonizantes toses hieren mi oído, me llegan al alma.... Me arrojo al suelo, huyo á cubierta, y el espectáculo de la noche tibia y en calma me sorprende, calmando la agitación de mis nervios.

Todo es silencio entre las sombras. Los ruidos suenan amortiguados, acordes y con dulce ritmo. El tumulto de la máquina viene desde lo hondo suavizado y mueve todo el buque con una trepidación constante, como un latido acompasado de un corazón gigantesco. Las olas del mar tranquilo vienen á chocar mansamente con la férrea banda que las repele coronadas de espuma. Algunos hombres, borrosas figuras de marineros de guardia y pasajeros aburridos, se mueven en el ancho espacio que dejan libre el puente y el castillo de popa. Hablan quedo y tardamente, tumbados algunos cara al cielo é inquiriendo, con los ojos entornados, soñadores, el secreto de los mundos; paseando otros con la pesadez del hastío y de un largo día de inmovilidad forzosa. Dos ó tres soldados, con la guayabera rota, demacrado el rostro, los ojos sin brillo, hablan de la patria lejana, de las fiestas del pueblo, de la próxima siega, mientras arrojan de sus labios mansas columnas de humo

que se elevan lentamente y se diluyen en la serena atmósfera. Del corredor luminoso que bajo el puente da paso á las máquinas y cocinas, sale un pinche rubio, con mandil blanco y en la mano, por alto de su cabeza, sosteniendo una bandeja con botellas de licores y con pastelillos olorosos, que pasan veloces en dirección á las cámaras de segunda como una tentación de gula y que animan momentáneamente las apagadas pupilas de los soldados enfermos.

El buque avanza, avanza con marcha igual y rápida, con el mismo latido acompasado de la máquina, corazón del monstruo. La hélice voltea allá á popa con furioso golpear incesante, arremolinando el agua, llenando la superficie del mar de blancas espumas que se dilatan á lo lejos como una mancha brillante, como burbujeos fugaces y de admirable fosforescencia. Ni una luz en el horizonte, ni una línea negra que anuncie la costa hospitalaria: la bóveda estrellada arriba, cayendo sobre el mar como la tapa cristalina de una redoma, y el mismo círculo abajo, sin salientes ni sinuosidades, monótono y espantable. El buque, con la proa recta y abiertos á guisa de pupilas los dos agujeros de las anclas, parece un animal legendario y demente, empeñado en alcanzar el límite de un círculo que es siempre el mismo. Ideas horribles, de eternidad silenciosa, sin causa y sin ulterior desenlace, acuden á mi mente y me llenan de cansancio. El desconuelo de mi pequeñez en un todo estrecho y uniforme, sin salida ni aérea y luminosa esperanza, me hace rebullirme impaciente.

Por la abierta boca de una escotilla sube una ráfaga de luz y de armonía. Me asomo á observar y en el fondo del sollado, en la pobre cámara de los pasajeros de tercera distinguida, veo sentados á una mesa dos hombres silenciosos que mueven de tarde en tarde, amodorrados de hastío, las fichas negras y blancas con que juegan al dominó entre bostezos. Algo apartado, un sargento de infantería, sentado sobre un fardo y con la cabeza inclinada, rasguea con cariño una guitarra de cuyas cuerdas sacan sus dedos cadenciosos acordes de una melancolía suprema. Canta á media voz unas coplas andaluzas, y en el misterio de la noche y del mar en calma, en aquel hospital flotante que devuelve á la patria pobre los soldados inútiles y vencidos, suena el aire de malagueña como una queja larga, tenue, amante y desgarradora: ninguna música hablaría mejor al alma del desengaño tardío y de las decepciones dolorosas, irremediables, sin consuelo. Me aparto de allí con bascas de llanto, miro á mis piés, y tumbado en el suelo veo un soldado ama-

rillo, del color de la anemia, que mira con los ojos muy abiertos el negro horizonte tras el que levantará sus montes la patria que acaso no ha de ver.

Me arrojo al fondo del sollado, quiero huir de mi alma, enterrar mis recuerdos y mis ideas en la muerte del sueño. Tiéndome en mi litera, cierro los ojos. Una respiración fatigosa llena el camarote de tufo, de bocanadas ardientes. Todos los pechos se levantan con el mismo esfuerzo, silban las gargantas, ábreanse las bocas anhelantes y en todos los rostros se dibuja el mismo doloroso cansancio. Parecen los soldados moribundos tendidos al azar y alumbrados por la mortecina lámpara del centro. Ni una mano amiga acude á secar el sudor de las frentes, ni ojos cariñosos lloran la agonía de tantos infelices: sólo se adivinan los sueños, los sueños que parecen revolverse en aquellas frentes pálidas, acrecer y dispersarse, confundiéndose en el ambiente pesado y caliginoso. Dulces imágenes se forman en la penumbra, adquieren consistencia en los rincones oscuros, flotan y vagan como genios amorosos que acarician á los pobres soldaditos enfermos. Algunos labios se contraen, sonriendo. Muéveme los párpados como pestañeando ante la luz viva que viene de adentro, y ora un suspiro, ora una voz incoherente, anuncian que las almas se espacian en mundos de luz magnífica. Paisajes hermosos y diversos se suceden; palpitan figuras conocidas y sonrientes en escenas de paz y ventura. Pasan llanuras llenas de la luz del sol, doradas por el trigo maduro, salpicadas de amapolas encendidas: pasan montañas altísimas, valles angostos y húmedos, manzanos en flor, regatas murmurantes, casitas blancas: pasan amarillentas playas, pardos cantiles, ensenadas ocultas donde frágiles bateles se balancean sobre olas azules. Acuden rostros ancianos, con arrugas en la frente, sonrisas en los labios; frescas mejillas, brillantes ojos surgen como promesa de amores inacabables. Todo confundido y hermoseado, palpitante de movimiento, lleno de la luz inefable del sol de los sueños. Se oye de pronto una tos convulsiva y cavernosa. Ahogándose de fatiga, el enfermo se incorpora, abre boca y ojos, se agarra al pecho, arroja sobre el tranquilo dormitorio la ruidosa tos, el agonizante gemido. ¡Ay mi madre! ¡ay mi madre!...

Todos se despiertan. Por los redondos tragaluces de los costados entra la luz del alba, alejando las sombras, dispersando los sueños, dando á las cosas ese color frío y turbio de la realidad tras una noche de pesadillas. Los soldados se desperezan, conversan bostezando y acu-

den al toque de campana que arriba les llama al desayuno del café caliente. Por la escalerilla suben con lentitud, tosiendo, estornudando, se separan sobre cubierta, vagan de un lado á otro arrastrando los piés perezosamente, con los rostros cadavéricos, los miembros sin vigor, veladas las pupilas que se fijan tristemente en la brillante aurora de los trópicos y buscan en Oriente, sobre las doradas olas, la patria amante que acaso no hayan de ver.

JOSÉ M.^a SALAVERRÍA.

EL BASCUENCE EN LA ENSEÑANZA



(A LAS DIPUTACIONES HERMANAS)

Nuestro apreciable colega *El Noticiero Bilbaino* publica un artículo, con el que estamos completamente de acuerdo, á propósito de la creación de Escuelas Normales ordenada por real decreto de 23 de Septiembre último.

La tésis razonada que sostiene el articulista es la deque ya que el gobierno nos dice que tengamos una Escuela Normal y que la paguemos, pidamos con toda lógica que el personal lo nombremos nosotros. No hay necesidad de encarecer que el personal habría de ser bascongado, y que era preciso además conseguir del gobierno que, por lo que afecta á estas provincias, se exigiera el estudio y la implantación de una cátedra de bascuence.

La importancia de ésta proposición es grandísima, pues naturalmente los maestros y maestras que salgan de éstas escuelas, para á su vez explicar en otras de éstas provincias, sabrían bascuence, y harían que nuestro idioma no se perdiera como (por desgracia) acontece en la actualidad.

Tendríamos además el personal de maestros y maestras bascongado, ó por lo menos que supieran el bascuence.

En otras ocasiones se ha pretendido conseguir que el personal fue-